

ra, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que á la madre que le parió; y ¿por qué pensais que lo ha hecho? montas que le di yo ocasion para ello: nó por cierto, no lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envié á pedir con Cabrillas, su tranel, treinta reales, y no le envié más de veinte y cuatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podria tener, esta mañana me sacó al campo detras de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó y, con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta: de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais. Aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; porque quiero, dijo, que se-

pas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entónces nos adoran; si no, confiésame una verdad por tu vida; despues que tehubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia? ¿Cómo una? respondió la llorosa; cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y áun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos despues de haberme molido. No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraría él de pena de ver cuál te habia puesto, que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, si no viene á buscarte ántes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero. En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifesta penitencia del cometido delito: ¿las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que lo puedo más encarecer? ¡Ay! dijo á esta zón la Juliana; no diga vuestra merced, que ñor Monipodio, mal de aquel maldita, que

33361

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Año. 1625 MONTERREY, NEXCO.

con cuan malo es, le quiero más que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle. Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará treguas en tí como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue. Eso sí, dijo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle. Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en dadas las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teniamos comenzaio del almuerzo, que despues todo se andará. Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor, y así todos volvieron á su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero: los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quíries: los viejos pidieron licencia para irse, dióselo luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntuali-

3333

3333

dad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados? á lo cual respondió Monipodio que aquéllos en su germanía y manera de hablar se llamaban avispones, y que servían de andar de día por toda la ciudad, avisgando en qué casa se podia dar tiento do noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contractation ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y áun dónde lo ponían; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y deseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada: en resolucion, dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba devaban el quinto, como S. M. de los tesoros, que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devocion: y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho mé-

nos de lo que por nuestros aranceles les toda: otros dos hay, que son palanquines, los cuales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no. Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradía. Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron: Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo: No le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña. No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decía: Quítanmelo de delante á ese gesto de por demás, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas. Maniferro y Chiquiznaque tenían á Repolido, que en todas maneras querria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decía desde afuera: No baya más, enojada mía; por tu vida que te sosiegnes, así te veas casada. ¿Casada yo, malino? respondió la Cariharta; mira en qué

tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y ántes lo sería yo con una notomia de muerte que contigo. Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída; humílese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo. Y aún de cenar le daría yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen, ¿No os digo yo? dijo Repolido; por Dios, que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda. A esto dijo Monipodio: En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces: ¡ah, Juliana, ah niña, ah Cariharta mia! sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como él eso haga, dijo la Escalanta, todas serémos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera. Si esto ha de ir por via de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguizaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme

de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio. Riéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacian burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera: Cualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho. Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal, si no lo remediaba; y así, poniéndose luégo en medio dellos, dijo: No pasen más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tomo por sí. Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer. Tambien tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien si fuere menester sabrémos tocar los casebeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada ménos hasá el hombre que sea lo dicho dicho; y diciendo esto, se iba á salir por la puerta

afuera... Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo: Téngale, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojada, y es un Júdas Macarelo en esto de la valentía? vuélve acá, valenton del mundo y de mis ojos: y cerrando con él le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse, ó si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haria; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo: Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos. No hay aqui amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos. A esto dijo Monipodio: Todos voacédes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos. Dieronse las luégo; y la Escalanta, quitándose un chapin, comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un són, que aunque ronceo y áspero, se concertaba con el del chapin. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejofetas que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al

chapín y á la escoba. Espantaronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entónces nunca la habian visto. Conociólo Maniferro, y dijoles: ¿Admiranse de la escoba? pues bien hacen: pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata, no se ha inventado en el mundo: en verdad que oí decir el otro día á un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni Marion, que subió sobre el delfín, y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenia cien puertas, y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música tan fácil de deprender, tan manera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse, y áun voto á tal, que dice que la inventó un galan desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música. Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar: y así era la verdad; porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente;

Por un sevillano, rufo á lo valero
Tengo socarrado todo el corazo

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luégo Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz;
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapín, se metió en danza y acompañó á las demas, diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

Cántese á lo llano, dijo á esta sazón Repolido, y no se toquen historias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta. Tales llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo cómo

al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el Cernicalo, corchetes neutrales. Oyéronle los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalante se calzaron sus chapines al revés: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle. Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas: alomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabían qué hacerse, y estudiéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela á decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de

los demas no bajase ninguno: como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo á Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que áun no sabía lo que se había hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de lo cuchillada de á catorce. ¿Cuál? respondió Chiquiznaque: ¿es la de aquel mercador de la encreujada? Esa es, dijo el caballero. Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y el vino ántes de la oracion: lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos, y hallándome imposible de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruccion. Instruccion querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destruicion. Eso quise decir, respondió Chiquiznaque; digo que viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la

cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca. Más quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce : en efecto, conmigo no se ha cumplido como era razon, pero no importa ; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal ; beso á vuestras mercedes las manos; y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse ; pero Menipodio le asió de la capa de mezcla que traia puesta, diciéndole : Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja : veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan. Pues ¿ á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al almo ? ; Qué bien está en la cuenta el señor ! dijo Chiquiznaque ; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice : Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can. Pues ¿ en qué modo puede venir aquí á propósito este refran ? replicó el caballero. ¿ Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir á Beltran, bien quiere á su can, mal quiere á su can ? y así Beltran es el mercader voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la

deuda queda líquida, y trae aparejada ejecución : por eso no hay más sino pagar luego sin apercimientto de remate. Eso juro yo bien, añadió Menipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho : y así voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando. Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero. No dude en esto, dijo Menipodio, más que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que pazezca que allí se le nació. Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recibase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada ? pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho : quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y dióselá á Menipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Menipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado : la ejecución quedó á cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó ter-

mino de aquella noche. Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados : bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traia en la capilla de la capa, y diósele á Rinconete que leyese, porque él no sabia leer. Abriólo Rinconete, y en la primera hoja vió que decia :

MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA.

La primera al mercader de la encrucijada : vale cincuenta escudos están recibidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquinazque.

No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio ; pasa adelante, y mira donde dice : *Memorio de palos*. Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estada escrito ; *Memoria de palos*. Y más abajo decia :

Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno : están dados á buena cuenta ocho : el término seis días. Secutor, Maniferro.

Bien podia horrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito

della. ¿Hay más, hijo dijo Monipodio? Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así :

Al sastré corcovado que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado

Maravillado estoy, diga Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no hada puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermó el corcovado, no habia cumplido con su débito. Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya el hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, moeito? No señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice : *Memorial de agravios comunes*. Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito :

Memorial de agravios comunes, convient á saber : redomazos, untos de miera, clavazón de sambénitos y cuernos, matracas espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicacion de nibelos, etc.

¿Qué dice más abajo? dijo Monipodio. Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa*..... No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuatem y ejecutor de esa mineria, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho. Así es la verdad dijo, Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aún más abajo dice: *clavazon de cuernos*. Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo solo una vez, aunque fuese á la madre que me parió. El ejecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay más que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumplírase al pié de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se

mueve la hoja sin la voluntad de Dios; y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suel ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él su puede hacer por sus manos. Así es, dijo á esto le Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso. Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo, desde la torre del Oro por de fuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos safir cada dia con más de veinte reales en menudos, amén de la plata; con una baraja sola, y ésa con cuatro naipes ménos: este distrito os enseñará Ganchoso; y amque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y reca-

to. Sacó en esto Monipodio un papel Joblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo : Rinconete y Cortadillo cofrades : noviciado ninguno, Rinconete floreo, Cortadillo bajon, y el dia, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto entró uno de los viejos avispones, y dijo: Vengo á decir á vuestras mercedes cómo agora topé en Gradas Lobillo el de Málaga, y diceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naípe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado, no viene luégo á registrarse, y á dar la solita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta. Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pu-

diese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podría venir á mucha : dice tambien que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona. Ese judío tambien, dijo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento; dias há que no lo he visto, y no lo hace bien; pues á fé que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene más órdenes el ladron que las que tiene el turco, ni sabe más latin que mi madre : ¿ hay más de nuevo? No, dijo el viejo, á lo ménos que yo sepa. Pues sea en buena hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria, y repartió entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido. Todos le volvieron las gracias : tornáronse á abrazar Repolido y Cariharta : la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, despues de haber aizado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde tambien dijo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera : abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendicion los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque así convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos.

acordándoles que no fallasen el domingo, porque, á lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lecion de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto. Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenia un buen natural, y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio y á los demas de su compañía y bendita comunidad; y más cuando por decir *per modum sufragii*, habia dicho por medio de naufragio; y que sabian el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya y un tigre de Ocaña, por decir Hireania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus peccados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios y ofensas de Dios: y reía de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las

candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no ménos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que habia leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: y finalmente, exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubrirte vivia en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero, con todo esto, llevado de sus pocos años, y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más larga escritura, y así se deja para otra ocasion contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.
